

Una cuestión de actitud social



Félix Abadi *

Si bien la correlación positiva entre la creación de nuevas empresas y el crecimiento económico es un fenómeno plenamente demostrado empíricamente, no siempre los mercados, y menos aun los países, se comportan económicamente en forma racional.

Sin duda ningún uruguayo se opondría a que el país crezca y que, en definitiva, todos vivamos mejor, lo que haría esperable una actitud y contexto favorable al emprendedurismo. Pero ello no es así. O, al menos, no es lo que parece surgir del estudio *Empresarialidad y Contexto Emprendedor* realizado en 2005 pero que mantiene aún bastan-

te vigencia, más allá de cierta “sensación térmica” de cambios positivos. En el marco de ese estudio, a partir de una encuesta a emprendedores uruguayos coordinada por Endeavor, se concluía que más de uno de cada dos uruguayos considera que existe baja valoración de la sociedad hacia lo nuevo frente a lo conocido y que más de uno de cada tres opinaba que la sociedad uruguaya tenía una actitud negativa ante el exitoso y hacia el empresario en general.

Esa inconsistencia entre “querer” (mejorar) y “no querer” (hacer lo empíricamente demostrado como necesario para ello) y ni siquiera valorar a quien se anima a hacerlo –que entre otras cosas “amenaza” con desvirtuar nuestras convicciones más profundas del “no se puede”– seguramente tiene variadas y profundas raíces que nos remontarían a épocas

coloniales y en algunos países latinoamericanos, aun previas, respecto a lo cual resulta excelente el análisis de Carlos Alberto Montaner en *Las raíces torcidas de América Latina*.

Si bien parece ser un problema más o menos generalizado en la región, Uruguay le agrega ciertas “improntas” propias: la más importante quizá sea el hecho de que, acorde al *Latino-barómetro 2004*, Uruguay se colocaba a la cabeza en Latinoamérica de los países cuyos habitantes esperan que el Estado les solucione sus problemas (actitud propia de lo que el reporte

“No es difícil intuir que el emprendedor uruguayo deba enfrentar cierta ‘indiferencia’”

denomina “sociedad estatista”), en lugar de asumir que cada uno es responsable de su destino (sociedad emprendedora), lo cual en nada contribuye a generar un espíritu emprendedor ni tampoco a ver con buenos ojos a quien emprende, que parece ser un verdadero “desviado del sistema”.

En buena parte ello también justifica que se visualice al trabajo “bajo dependencia” como la única –o al menos más promisorio– salida laboral. No es difícil intuir que el emprendedor uruguayo deba enfrentar cierta “indiferencia” o “desconfianza” de sus potenciales clientes que parecen necesitar una prolongada prueba de “sobrevivencia” antes de “arriesgarse” a contratarlo –de lo cual puedo dar fe en los primeros “largos” años al frente de mi propio emprendimiento–, y todo ello sin perjuicio, paradójicamente, de los excelentes índices de confianza personal que reinan en nuestro país.

Pero afortunadamente, aún cuando resta mucho camino por

recorrer, las cosas han empezado a cambiar con una mayor toma de conciencia desde diversos ámbitos (gobierno, sistema educativo, comunidad empresarial y habitantes en general) de la importancia del emprendedurismo y, de hecho, existe una creciente tasa de creación de nuevas empresas en buena parte surgidas de procesos de tercerizaciones tantas veces cuestionados.

Por lo pronto, debe valorarse que en el *Latinobarómetro 2010 Uruguay* haya caído a la posición 13 en lo referente a los países que más creen que el Estado puede solucionar los problemas que, en buena forma, parece ser un buen comienzo para asumir que nuestro futuro depende de nosotros mismos, actitud que resulta fundamental para el surgimiento de emprendedores que permitan recuperar en este ámbito la célebre frase de nuestro máximo prócer: “Nada podemos esperar, sino de nosotros mismos”.

*Socio de RAP, catedrático de Impuestos de ORT